



EL ARQUITECTO POPULAR Y EL ARQUITECTO PROFESIONAL

C.D.U. 72.067.26:72.007

Por Carlos FLORES



Villanueva del Conde (Salamanca)

Entre los diversos aspectos de la arquitectura profesional que se pueden llegar a comprender y valorar más justamente a través de un estudio de la arquitectura popular se encuentra, sin duda, todo lo referente al papel que el arquitecto titulado ha jugado hasta hoy en relación con la vivienda, advirtiéndose con toda claridad las escasas aportaciones que, en este campo concreto, son debidas a la actuación del arquitecto profesional comprobándose tanto su fracaso individual como el de la profesión arquitectónica en su conjunto, incapaces, uno y otra de ir más

allá —en esta tarea de definir y construir la vivienda— de lo que el arquitecto popular ha logrado al correr de los años, pese a su reducido y elemental bagaje de conocimientos de índole puramente intuitivo-pragmática.

No solamente desde el punto de vista de la casa como “*machine a habiter*” —esto es como un organismo que funciona— sino desde aquellos otros aspectos estrechamente ligados a valores y categorías estrictamente arquitectónicos —diseño,

forma, espacio, etc.— el arquitecto profesional ha sido pocas veces capaz, en el campo de la vivienda, de demostrar a través de su obra que su comprensión y dominio de tales problemas son superiores a los que se adivinan a través de la obra del arquitecto popular.

Hace algunos años pretendí, por medio de una amplia encuesta, conocer y dar a conocer lo que pensaban respecto a la situación presente de la arquitectura algunos de los arquitectos de más renombre o valía. Una parte de las opiniones recibidas podría resumirse por las palabras del inglés Theo Crosby que en su respuesta afirmaba tajantemente que la misión de los arquitectos era **"construir monumentos, esto es, edificios con un contenido emocional"**. Ni aún tomando como base esta estrecha concepción, puramente "artística", de la arquitectura que pretendía Crosby parece que el papel del arquitecto profesional haya sido excesivamente brillante ni que haya logrado en términos generales, niveles que superen a los conseguidos por el arquitecto popular. (Esta opinión es, por supuesto, personal, subjetiva y no demostrable matemáticamente, pero un recorrido con los ojos abiertos por cualquier ciudad —con sus edificios realizados por arquitectos profesionales— y otro análogo por las calles de

los pueblos —con sus edificios realizados por, llamémoslo así, arquitectos populares— podrían aclararnos muchas cosas al respecto.)

Cuando a través de diversos itinerarios por pueblos y comarcas españolas se van llegando a conocer las soluciones que la arquitectura popular ha ido elaborando en materia de vivienda como respuesta a esa exigencia primordial de la humanidad que es poseer un refugio, se va afirmando en uno este convencimiento acerca del papel irrelevante jugado por el arquitecto profesional en relación con tal actividad. Y ello a pesar de que desde hace tiempo la casi totalidad de los países desarrollados y aún muchos subdesarrollados han contado con unas instituciones en las que, al menos teóricamente, se pretende plantear un enfoque racional de la arquitectura procurando basar las soluciones en criterios a la vez científicos, técnicos y culturales. La arquitectura popular de cualquier región, de cualquier comarca, nos habla claramente de ésta aparente incapacidad del arquitecto profesional para ir, en materia de vivienda, más allá de lo que unas soluciones eminentemente intuitivas y espontáneas, logradas por individuos del pueblo con una preparación

Miranda del Castañar (Salamanca)





incompleta e insuficiente, representan. Posiblemente el gran fallo, en lo que respecta a la capacidad profesional de arquitecto, radique en el carácter eminentemente "academicista" de la formación que recibe, entendiendo tal "academicismo" en un sentido de enseñanza formulista, sistema que no es capaz de proporcionar otra cosa que un conjunto de conocimientos teóricos y una serie de recetas a aplicar de manera automática en los diversos casos que a lo largo del ejercicio profesional vayan presentándose.

No puede resultar más acentuado el contraste entre el tipo de formación y el carácter de los conocimientos que poseen estas dos figuras antitéticas que son el arquitecto popular y el arquitecto titulado. En el primero su capacidad y competencia aparecen como una consecuencia de la observación directa de la **realidad**; así como de la consideración detenida de los hechos **reales** que concurren en cada problema. En el segundo —y a causa sobre todo de la formación academicista señalada— el desconocimiento que llega a tenerse de esa misma realidad puede alcanzar valores tan sorprendentemente totales como queramos imaginar.

Según los sistemas de enseñanza vigentes hasta hace poco tiempo —y me temo que los actuales nada o muy poco diferirán de los primeros— el futuro arquitecto podía salir de las Escuelas de Arquitectura sin poseer —entre otras insuficiencias— la menor experiencia directa —no teórica— de lo que gran parte de los materiales de construcción significaban realmente. Un título de arquitecto se hallaba fácilmente al alcance del alumno cumplidor de una cierta disciplina escolar no importa que a lo largo de su experiencia en las aulas no hubiera tenido la oportunidad de examinar en sus propias manos algo tan elemental como pueda ser un modesto ladrillo, pongamos por caso.

La formación de los hombres que llevan a cabo la arquitectura popular no puede ser más opuesta a la señalada. Desde el conocimiento directo de cada uno de los materiales que van a ser utilizados en obra, sus posibilidades y limitaciones, hasta la comprensión detallada y profunda del problema o problemas que deben resolverse, el arquitecto popular suele conocer bien el terreno en el que se mueve y sus soluciones van a producirse a través de técnicas y materiales con los que se halla directamente familiarizado. Pero además de esto, para la búsqueda de sus soluciones, el arquitecto popular procurará tener siempre en cuenta aquellos casos análogos que otros resolvieron antes que él, comprobando en cada uno los resultados obtenidos y deduciendo así si es aconsejable o no la repetición de soluciones semejantes. El arquitecto profesional, por el contrario, además de tener limitada su formación a una suma de conocimientos fundamentalmente teóricos suele desconocer voluntariamente —cuando no despreciar— buena parte de la obra realizada por otros colegas pretendiendo inventar en cada caso su propia arquitectura y llegar a soluciones nuevas —"novedosas"— que carecerán de una relación o conexión con las precedentes.

Pensemos, por otra parte, en que el arquitecto popular es consciente de que el trabajo que ejecuta, o contribuye a ejecutar, dará lugar a una obra que en muchos casos habrá de disfrutar él mismo, cuyos posibles fallos o deficiencias, si los hubiera, tendría que soportarlos en el futuro, mientras que el arquitecto profesional realiza su trabajo, las más de las veces, sin



Cuenca

conocer quienes serán, en definitiva, las personas receptoras de su labor que, por supuesto, no pueden ser identificadas con el promotor al que debe el encargo. La tendencia normal será entonces la de ponerse antes de parte de éste que de aquellos, confundiendo los deseos y necesidades de los verdaderos usuarios con las aspiraciones e intereses del cliente, aspiraciones que muchas veces estarán en conflicto con las de los verdaderos destinatarios pese a lo cual el arquitecto deberá respetarlas si desea llegar a ser el ejecutor de la obra encomendada.

Sobre otras diferencias entre las actitudes respectivas ante sus trabajos propios del arquitecto profesional y del arquitecto popular pueden también aportar luz los datos recogidos en uno de los **Boletines** que el Colegio de Arquitectos de Madrid remite a todos sus asociados, (n^o 69; 28-XI-74), tomados de un artículo aparecido en la revista **DOBLON** bajo el llamativo título de **Incompatibles y Firmones**: "... en 1967, los catalanes calcularon que los 64 arquitectos que tuvieron mayor número de obras visadas habían invertido un promedio de 7,2 horas por proyecto, y otras tantas para la dirección, además de atender a tres cargos oficiales. El primero de la lista, con 452 proyectos (y dos cargos) dedicó 2,7 horas a cada proyecto y las mismas a la dirección. Tan pocas horas de estudio en general, unidas al único objetivo de la construcción, logra el máximo beneficio económico, explican el nivel de calidad (malo y decreciente) de las obras en el país".

La circunstancia de que el arquitecto sea el realizador de una obra sometida a las leyes de la oferta y la demanda y la nece-

alidad por lo tanto de que tal obra presente unas características que contribuyan a hacerla fácilmente vendible suele influir, asimismo, en su ánimo en el sentido de lograr un producto de brillante apariencia, no importa que a la hora de su utilización se vaya descubriendo que aquella envoltura-reclamo poco o nada tenía que ver con unas auténticas cualidades, capaces de proporcionar a sus usuarios la satisfacción requerida. Este es un fenómeno que apenas puede darse en la actuación del arquitecto popular que realiza por lo general un producto cuyos fines normales no son de índole especulativa.

Todos estos aspectos negativos, que constituyen solo una parte de que podrían señalarse, contribuyen al resultado poco satisfactorio que en mi opinión viene ofreciendo la actuación del arquitecto profesional respecto del tema de la vivienda. Y no nos engañaremos por el hecho de que en ocasiones, la casa realizada por el arquitecto titulado pueda poseer unas condiciones de confort superiores a las ofrecidas por la casa popular. En primer lugar porque nuestra idea del confort y sus exigencias no coinciden con las que han venido imperando en el medio en el que se desarrolla la arquitectura popular, si bien tales diferencias de concepto van disminuyendo aceleradamente; por otro lado, porque si bien es verdad que la casa actual ofrece hoy ciertos standards favorables, en cuanto a condiciones de uso, éste se ha logrado generalmente al margen de la actuación específica del arquitecto cuando no claramente en contra de la misma. El que hoy un edificio pueda ofrecer soluciones óptimas por lo que se refiere a calefacción, aire acondicionado, trans-

porte vertical, cerramientos, instalaciones, etc. se debe sobre todo a una competencia y a unos planteamientos económico-industriales respecto de los cuales el papel jugado por el arquitecto ha sido inexistente o secundario.

Por otra parte tal vez el mayor fallo e ineficacia del arquitecto —y de la profesión arquitectónica en su conjunto como uno de los sectores técnicos actuantes dentro de la sociedad— se demuestre en algo que su organización, de tipo corporativo, debería ser capaz de abordar y respecto a lo cual el arquitecto popular no llega a poseer la menor capacidad resolutive. Se trata de su actuación en el sentido de una transformación de la profesión, de sus métodos y sistemas, que hiciera posible una importante aceleración en los procesos de la construcción de viviendas, exigencia planteada a escala universal y sobre la cual apenas se ha intentado siquiera llegar a soluciones válidas. Ese **hambre de viviendas** que no de un modo metafórico sino estrictamente literal la humanidad padece hoy —y que ha sido denunciada repetidamente entre nosotros no por un arquitecto sino por un ingeniero, J.A. Fernández Ordoñez, a través de sus escritos— apenas parece preocupar al arquitecto así como tampoco a las asociaciones profesionales en que éste se encuentra encuadrado. Parece claro que es aquí donde el arquitecto profesional podría iniciar su “despegue” respecto del arquitecto popular transformando una actividad como la de producir viviendas, caracterizada en la actualidad por un artesanal arcaísmo y unos planteamientos individualistas inoperantes, en un trabajo coordinado en el que tuvieran cabida los nuevos caminos técnicos y culturales logrados en nuestro tiempo.



Fotos
de
Carlos Flores